

EL SÉPTIMO CÍRCULO

EN
LA PLAZA
OSCURA

POR
HUGH WALPOLE



Un día de invierno, a las cinco de la tarde, Ricardo Gunn se encuentra en Piccadilly Circus. Tiene cuatro chelines en el bolsillo y un ejemplar del primer volumen del Quijote. No sabe si gastar sus últimas monedas en cortarse el pelo o en comer. Opta por lo primero y en la barbería entrevé al hombre que más detesta en el mundo. A través de las muchas aventuras que luego le suceden, lo acompaña el ejemplar del Quijote. En la plaza oscura narra la historia de una noche en la que parecen cifrarse todas las cosas que pueden ocurrirle a un hombre: la exaltación del amor, la devoción de la amistad, las fiestas y los terrores de la memoria, los caminos irreversibles del crimen. «Oye, Elena. Nunca he estado en buenos términos con esta vida. Nunca he visto las cosas correctamente. He estado, si quieres llamarlo así, un poco ebrio [...] Pero una cosa vi con claridad: que la vida es una lucha entre los que construyen y los que destruyen, los afirmantes y los negadores. No era sentimental con respecto a esto. Lo vi con una gravedad mortal».

EN LA PLAZA OSCURA

Hugh Walpole

*Para mi amigo Walter Briscoe, bibliotecario
de Nottingham*

Esta forma, esta cara, esta vida
Viviendo para vivir en un mundo de tiempo más allá
de mí; déjame
Renunciar a mi vida por esta vida, a mis palabras por
todo lo no hablado
Los despiertos labios separados, la esperanza, las
nuevas naves.

T.S. ELLIOT

Mi querido Walter:

Espero que no tomarás este cuento demasiado seriamente. Ya tuve una vez unas vacaciones y escribí una historia sobre un hombre pelirrojo y he estado apenado desde entonces a causa de las observaciones científicas que se hicieron sobre este caballero.

Ahora nuevamente, en medio de la investigación de la familia Herries, me he tomado unas vacaciones y me he entretenido con algo que es un cuento y nada más que un cuento. El segundo volumen de las crónicas sobre los Herries se publicará en el otoño.

Mientras tanto, una visión momentánea que tuve desde una habitación, muy alta sobre las saltarinas luces de Piccadilly, me ha convertido en un simple cuentista. Sé que aún disfrutas los cuentos como un verdadero colegial, y, por consiguiente, tengo gran placer en entregarte este.

Afectuosamente,

HUGH WALPOLE

LIBRO PRIMERO

I

El barbero

Creo darme cuenta de la mayor parte de los riesgos de un relato en primera persona, pero no se me ocurre ningún otro método posible para esta historia en particular. A pesar de la rapidez con que se sucedieron los incidentes, complicando a una cantidad de personas además de la mía en peligros muy determinados, no son los incidentes los que me parecen importantes ahora, después de un intervalo de casi cinco años, sino más bien las complicaciones que se ocultaban tras ellos, y especialmente tras el propósito de Osmund.

Sospecho que el principal riesgo que acecha a un relato en primera persona es el de la incredulidad. ¿Cómo puede alguien recordar con tanta claridad y repetir tan exactamente estas conversaciones? Sí, pero es que ni se recuerdan con claridad los hechos ni se reproducen exactamente. Se da la clave de las cosas, el espíritu más que la letra. Más todavía, está lo referente a las escenas que uno mismo no presencié. Pues bien, en esta aventura hay, como más tarde se verá claramente, solo una escena que yo no presencié, y aquí el informante es una persona tan cercana a mí que la diferencia no importa.

Para lo restante yo, y solo yo, puedo darles, según creo, la clave de todo ello, pues yo, y yo solamente, podría verlo desde todos los ángulos, desde la vertiginosa catástrofe (porque *fue* una catástrofe) bajo los cirios goteantes,

desde aquella extraña procesión con el repugnante Pengelly, con el sombrero sobre los ojos, sostenido por debajo de los brazos, hasta la última escena entre las chimeneas...

Este es un comienzo demasiado solemne. No me había propuesto en absoluto comenzar gravemente, sino solo con mi nombre y dirección, como quien dice.

Mi nombre es Ricardo Gunn. Nací en la ciudad de Tones, el 4 de abril de 1884. Cuando comenzó esta aventura estaba parado, sin otro bien en el mundo que media corona, a eso de las cinco de una tarde de diciembre, en Piccadilly Circus, preguntándome qué iría a suceder.

Y aquí espero que me disculpen por la vaguedad en lo concerniente al año. Realmente, voy a pedirles permiso para cambiar los nombres, no solo de personas, sino de edificios y referencias en general. No porque importe mucho. Nadie que pueda objetarme con bastante fuerza; sobrevive, pero quiero permitirme este mínimo de libertad. Pueden ustedes rastrear los lugares por sí mismos, si lo desean. Están todos, como verán, a poca distancia unos de otros. Piccadilly Circus nos dominaba al principio, y al fin, y todo el tiempo; desempeñó, tal vez, en la aventura, un papel más importante que cualquiera de nosotros. No lo sé. Ustedes lo decidirán después.

En lo referente al año, fue después de la guerra y después de que Eros fuera retirado de su pedestal. Hacia el lugar en donde Eros *había* estado, recuerdo, era el punto al que miraba fijamente mientras permanecía de pie en el borde de la acera, preguntándome qué iría a suceder.

Tenía varias alternativas en mi mente, una era el suicidio, otra el robo, otra algo no muy alejado del asesinato. Y sin embargo, yo no era de ningún modo una de esas personas dispuestas a todo, probablemente no lo bastante dispuesta a todo. Nunca lo he sido. Simplemente tenía mucho frío, mucha hambre y estaba muy desesperanzado.

Mi actitud no tenía nada de particular en esa época. Muchos otros soldados la compartían. Antes de la guerra, desempeñé durante muchos años un empleo como administrador en mi propia provincia, Devon. Al incorporarme en 1914, había confiado en que el conflicto no duraría más de seis meses y en recuperar nuevamente mi trabajo, pero Enrique Carden, mi empleador y amigo íntimo, había muerto, y su propiedad fue vendida mucho antes de que terminara la lucha. Había ahorrado un poco durante la guerra y lo había invertido en 1918, con un oficial compañero, en un par de coches de excursión. Los coches de excursión fracasaron; tal vez no teníamos precisamente la disposición necesaria para coches de excursión. Fui, después de eso, secretario de un club nocturno, acompañante de un caballero sordomudo, secretario de la impaciente mujer de un Par de Inglaterra, empleado en las tiendas del señor Swell-in-the-head y vendedor habitual de las lapiceras de depósito patentadas Fletcher. Cuanto emprendía fracasaba, y todo lo que se apoyaba en mí se desmoronaba; en esas circunstancias me encontraba allí esa tarde de diciembre del año tal y tal, con exactamente media corona en el bolsillo, sin comida en el estómago y con el frío más cruel en las entrañas.

Creo que no tenía rencor contra nadie ni nada, ni siquiera contra mí mismo. No me parecía que nada de esto fuera culpa mía ni de nadie. No acusaba ni a Dios ni a mi prójimo.

Solamente me preguntaba qué haría con mi última media corona. Cualquiera que ha estado agudamente hambriento sabe qué extraño estado de fantasía produce esa condición. No estaba del todo cuerdo, ni veía cuerdamente al resto del mundo, mientras, de pie en aquel momento particular, contemplaba el andamiaje que protegía la construcción del nuevo subterráneo y perforaba hacia lo alto el cielo color sopa: de guisantes de Londres y los sombríos y casuales copos de nieve que caían.

Sinceramente, estaba un poco enloquecido. No había comido nada desde el mediodía anterior. Había abandonado mi alojamiento esa mañana muy temprano sin esperar mi desayuno, y eso porque sabía que no podría pagárselo a la señora Greene. La noche anterior había arreglado mi cuenta semanal, sonreído al amable y protuberante rostro de la señora Greene (tenía una cara totalmente semejante a un bollo) y luego, en el silencio siniestro de mi cuarto, examinado mis recursos, encontrando que tenía exactamente media corona.

Debo decirles que había estado, durante el mes anterior, explorando cada escondrijo y cada grieta de Londres en busca de un empleo. Sé que es un lugar común entre la gente para quien las circunstancias son fáciles y cómodas, el de que cualquier hombre que realmente quiere un empleo puede encontrarlo. Les aseguro que no es así. No era así hace casi cinco años y lo es mucho menos hoy día. Me había rebajado durante ese mes a toda clase de indignidades. Me había acercado (odiándome y odiándolos) a ciertos antiguos amigos, y no sé qué era lo más horrible, si la conciencia de su desgraciada incomodidad porque se les pedía o mi conciencia de *su* conciencia.

Estaba decidido a no pedir prestado ni a recibir regalos de dinero sin ofrecer cierta clase de trabajo a cambio. Pero el inconveniente era que nadie quería mi trabajo; yo estaba listo para hacer cualquier cosa, sí, absolutamente cualquier cosa, lavar escaleras, limpiar los pisos, lustrar los zapatos, pero había ya una multitud de personas ansiosas por desempeñar estos oficios. No era el único en preguntarme en aquella época: ¿Cómo era que una guerra que había hecho pedazos a millones de hombres dejaba al mundo mucho más lleno de lo que lo había encontrado?

Para lo que no estaba preparado en absoluto era para la vil e inmundada complacencia del señor Bilgewater, el fundador y presidente de los grandes almacenes Bilgewater en la calle Mannequin. Había anunciado que estaba ansio-

so por ayudar a los oficiales que carecieran de empleo y me aseguré una entrevista con él. Todavía puedo verlo, sentado; una araña hinchada, de cabellos grises, inflado de autosatisfacción, dentro de su tela de acuñar moneda, mirándome a través de su reluciente escritorio y preguntándome cómo un hombre de mi edad se atrevía a venir y desperdiciar su precioso tiempo esperando obtener de él un empleo. Insinué gentilmente..., pero no continuaré. Aun después del tiempo que ha pasado, mi mano tiembla al pensar en él. Solo puedo, esperar que un día San Pedro, que debe ser un alma justa y completamente libre de snobismo, le haga conocer, antes de admitirlo a través de las Puertas Doradas, algo de lo que piensa de él.

Este pequeño incidente me curó de suplicar. Juré que no mendigaría más. Suicidio, robo o asesinato no parecían, a mi estómago hambriento y a mi cabeza ardiente, que estallaban de visiones fantásticas, alternativas imposibles. Había caminado casi todo el día y sin embargo aún no estaba cansado. Me sostenía una especie de ardor, un fuego acrecentado y renovado por el hambre, un sentido de justicia, una especie de exaltación –porque ahora, en este momento desesperado, realmente me sentí tocando el verdadero corazón de la vida y mucho de indignado orgullo personal.

No poseía nada en el mundo, salvo algunas ropas en un cajón de la casa de la señora Greene, el traje que llevaba puesto y la edición de Lockhart del *Don Quijote* de Mottoux, cuatro volúmenes del cual estaban en casa de la señora Greene y uno, el primero, en mi mano. Poseía este libro gracias a un acto de loca extravagancia de cuatro días atrás. Había visto los volúmenes en una librería de segunda mano, a un precio moderado, y fui inmediatamente a comprarlos, librándome así de veintiuno sobre veinticinco chelines; el acto menos razonable de toda mi vida.

No era excusa el que *Don Quijote* fuese mi libro favorito entre todos los del mundo y la de Lockhart mi edición

favorita. Era una fantástica extravagancia, y ¿cómo puedo haber dicho entonces que estaba destinado a desempeñar una parte tan importante en la monstruosa continuidad de los hechos tan poco tiempo después?

De todos modos, estaba sosteniendo este, el primero de los cinco volúmenes, en mi mano, mientras permanecía de pie allí, contemplando fijamente los andamiajes, y recuerdo bien claramente que puse el volumen, con su elegante cubierta color rosa viejo y su rótulo de cuero carmesí bajo mi sobretodo para que no lo dañara la nieve que caía.

Por lo demás, mis ropas eran decentes; y como era ancho de hombros, de color sonrosado, bajo y de aspecto fuerte, ninguna de las muchas personas que se empujaban y tropezaban a mi alrededor tuvo, estoy seguro, la menor noción de la especial necesidad en que me encontraba.

El punto que estaba debatiendo en ese momento era el destino de mi última media corona. Cuando solo se tiene en el mundo media corona, es asombrosa la cantidad de cosas que pueden hacerse con ella, pero en esta precisa ocasión era decididamente una elección entre dos cosas: debía gastarla en una comida o en cortarme el cabello. Hacía casi un mes que no me lo cortaba, creo que porque me parecía un despilfarro. En realidad, hubiera sido barato a cualquier precio, pues si hay algo en el mundo que me haga sentir sucio y degenerado es el roce sobre mi cuello del cabello largo.

La pregunta importante era: ¿bastaría para ello media corona, teniendo en cuenta que debía incluirse un champú? ¿Era suficiente un champú? Puede decirse que tal vacilación entre una comida y un corte de pelo era inconcebible para un hombre hambriento. Solamente puedo decir que dudé, y que esta misma duda alteró no solamente mi propia vida, sino las vidas de otras muchas personas.

Reflexioné sobre la comida. ¿Podría comer lo suficiente por media corona? ¿O sería arrastrado por mi apetito, una vez que hubiera comenzado, a una comida pantagruélica y a ser luego arrestado por no pagarla?

Por otra parte, la frescura y limpieza alrededor de mi cuello, la frescura del champú... Todo mi cuerpo temblaba mientras sentía las firmes manos del barbero presionando mi cráneo, la suave y espumosa voluptuosidad del jabón, el contacto del agua fría después de la caliente...

Dos sensualidades rivales, tal vez las dos últimas. O la primera... ¿Qué camino debía tomar? Dije que el hambre me había puesto un poco fantasioso. No era el mundo real el que vi cuando miré hacia lo alto y a mi alrededor. ¿O lo era?

¿Quién sabe?

Miré hacia lo alto y a través de Piccadilly Circus y las primeras cosas que vi fueron las luces verdes y rojas, bailando en las paredes de los edificios frente a mí. Estas estrellas verdes y rojas alumbraban y parpadeaban, desaparecían, retornaban, brillaban y parpadeaban de nuevo. Había todavía en el aire una opaca sombra gris, del día que finalizaba, de modo que estas intermitentes estrellas tenían en sí una particular irrealidad que les daba, de una manera extraña, un apremio particular a mi modo de ver. Parecían estar invitándome a algo.

En lo alto de la pared del lado más lejano de la avenida había un vaso dorado que subía lentamente, se inclinaba con torpeza, y luego arrojaba un líquido con un aire de autosatisfacción absolutamente ridículo.

El reflejo de su color dorado y carmesí aparecía sombríamente sobre las ventanas cerradas detrás de mí, el reflejo era malévolamente vengativo, como si las ventanas huranas estuvieran irritadas por el uso que se les daba.

No solamente estas luces parecían tener algún significado personal y especial para mí, sino también para las personas que estaban pasando a mi lado. La aglomera-

ción en Piccadilly Circus era solo moderada, pero noté que todo el mundo se adhería al pavimento como si un solo paso adelante significara la ruina.

En el estado de excitación en que me encontraba, esto no parecía en absoluto fuera de lo normal. Como el día no había terminado completamente, el centro de Piccadilly Circus estaba sumiéndose en un crepúsculo que lo asemejaba, ante mi mirada ardiente, a las aguas grises de una laguna, e imaginé que los ómnibus que trepaban la colina del Mall, haciendo un círculo desde Piccadilly, eran monstruos torpes y bárbaros zambulléndose en la laguna para beber salvajemente.

—Enhorabuena para todos nosotros —dijo una voz—, que nos adherimos a este pavimento. Hay peligro en cada paso.

Así, los monstruos jadeaban en dirección a la laguna y, bajo las centelleantes y burlescas luces que brillaban tan sin sentido sobre el vacío de la caída de la tarde, bebían hasta el hartazgo.

Entonces, mirando a mi alrededor, noté que había gente. Noté primero al mendigo gordo, informe, de los ojos particularmente ciegos, con su brillante jarro de lata y la tabla sobre el pecho, que acababa de llegar justamente en ese momento y se estacionaba muy cerca de mí, contra la pared. También él parecía tener una significación especial. (¡Lo que puede sobre la imaginación un estómago vacío si se le da bastante cuerda!).

Lo había visto llegar dirigido por una mujercita andrajosa de sombrero negro y con negros guantes de algodón en sus manos. Ni bien lo hubo estacionado contra la pared, dio un tirón a su tabla y lo abandonó sin palabra, mezclándose a la multitud. Ahí se quedó, mirando con penetrante fijeza de ciego las titilantes estrellas rojas y verdes.

Un delgado clérigo, de aspecto ansioso, vaciló, junto a mí, pareció como que iba a hablar, y continuó su camino.